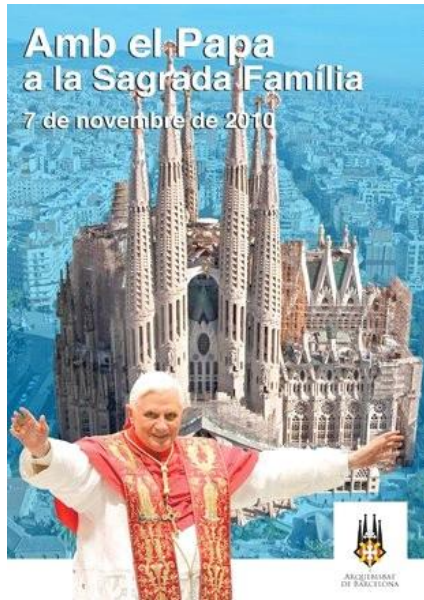


El Papa y el respeto a la vida

La ocasión no podía ser más propicia.. El templo, cual palabra creadora esculpida en piedra, se erguía en todo su esplendor. La asistencia vivía dentro y fuera de él, con la alegría de ese orgullo legítimo, como de algo propio, la genialidad de Gaudí, quien concibió la idea en su originalidad y magnificencia, y también la tenacidad de sus realizadores.



El Papa había venido a “bautizar” el templo, como Basílica ungida y dedicada a la Sagrada **Familia**, quedando así abierto a la **vida** litúrgica.

La ocasión se prestaba sola... En la homilía, la voz de Benedicto XVI, impregnada de dulzura, recordaba:...”*el amor generoso de un hombre y de una mujer... fundamento de la vida humana... para que se defienda la vida de los hijos como sagrada e inviolable desde el momento de su concepción*”

Luego vendría esa costumbre papal de salir fuera a encontrarse con los fieles a la hora del ángelus, ese día, ante el pórtico del Nacimiento. Entre la asistencia un gran número de jóvenes, con la vida por delante para ser felices y la mayoría llamados a formar una familia. Y de nuevo se deja caer la voz suave del Papa, con otra llamada a la defensa de la vida:”*el Hijo del Altísimo, se*

anonadó haciéndose hombre y, al amparo de José y María... nos ha enseñado la dignidad y el valor primordial del matrimonio y la familia, esperanza de la humanidad, en la que la vida encuentra acogida, desde su concepción a su declive natural”...

Y la primera cuestión que se me plantea es: ¿qué ha pasado en nuestra sociedad para que haya que salir en defensa de la vida, el mayor valor que tenemos (aunque no sea absoluto), pero si aquel en que se sustentan todos los otros valores?

A mi juicio el protagonista del inicio de la vida, el embrión, ese pequeño ser humano, germen de vida, promesa de vida, se está quedando solo ante el peligro:

1) peligro de una sociedad autonomista que se atribuye el derecho a decidir sobre el propio cuerpo y sobre el pequeño cuerpo de aquel que ellos mismos han concebido;

2) peligro de una juventud que conquistó la libertad sexual, en el mayo francés (1968) y que dispuesta a gozar lúdicamente de este placer, recurre a medios para evitar las consecuencias, pero si sobreviene una gestación, no tendrían ningún reparo en deshacerse de ella;

3) peligro ante una sociedad plural y secular, en la que va aumentando el número de los que no dan un valor sagrado a la vida, sino un simple valor del que se puede prescindir;

4) peligro ante la ciencia, que intentando “describir” el maravilloso proceso de la fecundación y del diálogo materno-embriionario necesario para su implantación y posterior desarrollo, solo le acuerda un “respeto relativo” por estar en “estado constituyente” y poder así disponer de él a voluntad. Como si, desde que la vida existe, no se hubiera desarrollado la vida humana en el seno materno, y como se desarrolla hoy día, si intervenciones externas no lo impiden, dejando que el embrión se orqueste su propio desarrollo. Que digan a una madre que ha luchado por una gestación, si tiene o no valor, el embrión que porta.

De forma más velada, aparece también el respeto hasta el final de la vida, momentos en que la vulnerabilidad de la persona que se nos va, pide un acompañamiento holístico, sin intervenciones para ponerla fin, ni tampoco para prolongar el proceso de muerte.



... En la casa del Nen-Déu, oímos algunas afirmaciones de niños discapacitados, que no podemos ignorar... *“nosotros también somos personas, aunque diferentes, nos gusta que nos quieran, y también querer”*... para continuar:...*“damos gracias a nuestros padres que nos han dado la vida”*.

Quisiera acabar, lanzando dos preguntas, a los creyentes de nuestra iglesia de aquí y de hoy:

1) Qué gesto profético, estamos llamados a dar, nosotros cristianos, que sea testimonio y fermento de este respeto a la vida, con una suavidad que cale hondo; porque las “violencias” provocan “violencia” y ha pasado el tiempo de las lanzas de las cruzadas y de las condenas de la inquisición.

2) Cómo podemos formarnos en el acompañamiento al final de la vida de la persona considerándola holísticamente (en lo físico, psíquico, social, emocional y espiritual) y tanto de los nuestros como de los más desfavorecidos de la vida, sin prolongaciones inútiles, que provocan reacciones contrarias.

M^a Pilar Núñez-Cubero, odn
Ginecóloga y Prof. de Bioética
Noviembre 2010